

*Esta sección muestra el entendimiento bíblico sobre las buenas obras.*

## Buenas Obras

### Las buenas obras son frutos de la vida santificada

Siendo salvos por gracia, aparte de las obras, ¿seguiremos hablando de buenas obras? Ciertamente seguiremos, porque Dios tiene mucho que decir sobre las buenas obras. La iglesia luterana ha sido acusada muchas veces de hablar poco sobre las buenas obras, de que pasamos tanto tiempo hablando de la justificación, que olvidamos la santificación. Para responder, debemos poner las cosas en su real dimensión. Primero, la justificación merece el énfasis fundamental en nuestra enseñanza; es la doctrina central de la Biblia. Cuando se descuida o se oscurece la doctrina de la justificación, la iglesia está en peligro de perder el evangelio. Segundo, la santificación es fruto de la justificación; no puede haber vida santificada aparte del evangelio de Jesucristo. Tercero, la Biblia habla de las buenas obras, por lo tanto, no podemos dejar de proclamar lo que Dios tiene que decir sobre ellas.

Finalmente, la lectura de las confesiones luteranas y de los líderes pasados y presentes de nuestra iglesia, revelará que hemos enseñado y seguimos enseñando sobre las buenas obras. Pero, las ponemos en la perspectiva apropiada. La vida santificada es resultado de la justificación por fe; las buenas obras proceden de la fe como el fruto procede del árbol. La justificación siempre debe preceder a la santificación, en orden de causa y efecto.

*Las buenas obras fluyen de la fe*

En un sentido, las buenas obras y la santificación son idénticas; ambas se refieren a lo que Dios produce en la vida del creyente como resultado de la justificación por fe. En otro sentido, podemos hacer diferencia entre santificación y buenas obras. La santificación se refiere a la nueva vida que Dios ha creado en nosotros, y las buenas obras son: los pensamientos, las palabras, y los hechos, concretos que constituyen la nueva vida que llevamos. Como la rama de la vid produce fruto, así la nueva vida que Dios ha creado en nosotros nos mueve a hacer buenas obras. Jesús dice: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto” (Jn. 15:5a). Pablo llama “fruto del Espíritu” a la nueva vida de los cristianos (Gl. 5:22). La vida de los cristianos abunda en buenas obras, “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.” (Ef. 2:10).

*Las buenas obras son frutos de la vida del cristiano, hechos:  
en amor, en armonía con la voluntad de Dios, y para la gloria de Dios*

¿Qué determina si una obra es buena o no? La Biblia dice claramente que solo Dios puede decirnos qué constituye una buena obra. Vemos en la Biblia que *una buena obra es la que hace el creyente: en amor, según la voluntad de Dios, y para la gloria de Dios.*

En primer lugar, *solo un creyente puede hacer buenas obras*. El escritor a los hebreos dice: “Sin fe es imposible agradar a Dios” (11:6). Jesús dijo: “separados de mí nada podéis hacer” (Jn. 15:5). Todo lo que puede hacer el pecador, por naturaleza, es pecado. Isaías escribió: “Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trazo de inmundicia” (Is. 64:6). Si no tuviéramos la justicia de Cristo, Dios vería solo pecado e injusticia en nuestras obras. Pero, por medio de la fe, tenemos la justicia de Cristo, que quita nuestro pecado. Así, Pedro escribe: “Ustedes son como piedras vivas, con las cuales se está edificando la casa espiritual. De este modo llegan a ser un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por medio de Jesucristo” (1 P. 2:5 NVI). Las obras que hace el cristiano en la fe en Jesús son buenas obras; aunque son en sí imperfectas, están revestidas de la justicia de Cristo y son aceptables para Dios.

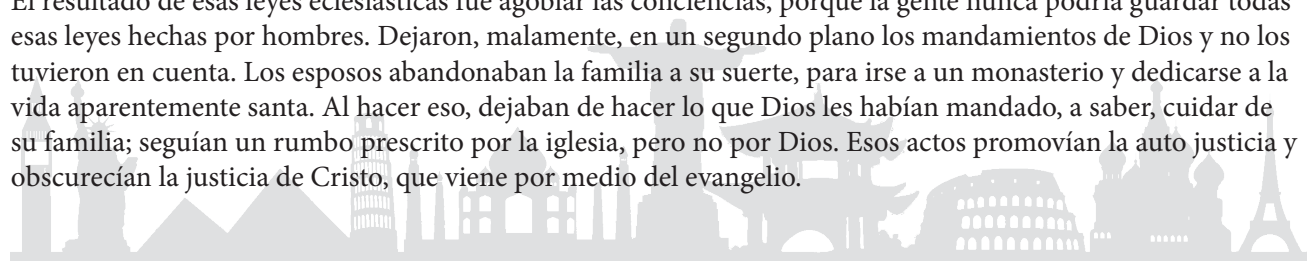
Segundo, *son buenas obras las acciones hechas en amor*. El amor de Dios por nosotros nos mueve a amarlo a él (1 Jn. 4:19). Comenzamos a amar a Dios solo cuando creemos que Dios ha perdonado nuestros pecados por causa de Cristo. Como escribe Pablo: “El cumplimiento de la ley es el amor” (Ro. 13:10). Cuando el amor y el perdón de Dios, nos mueven a amarlo a él, también nos mueven a amar al prójimo. En contraste con la teoría de la autoestima, que dice que no podemos amar a otros a menos que nos amemos primero a nosotros, la Biblia dice que es el amor de Dios por nosotros lo que nos mueve a amar a otros. Son buenas obras los frutos de la vida cristiana, que fluyen del amor a Dios, hechos posibles por su amor por nosotros, y que muestran amor al prójimo.

Tercero, *las buenas obras son los frutos de la vida santificada, que están en armonía con la voluntad de Dios*. Por causa del pecado, las personas, por naturaleza, no conocen la voluntad de Dios, inventan todo tipo de obras y piensan que agradan a Dios. Los israelitas pensaban que podían agradar a Dios haciendo los sacrificios en la debida forma (Is. 1:13); el rey Saúl pensaba que podía agradar a Dios permitiendo que sus hombres retuvieran y sacrificaran el ganado capturado de los amalecitas (1 S. 15). Pero, Dios le había dicho a Saúl que exterminara a los amalecitas, junto con su ganado. Dios no quiere que le digamos qué es lo que le complace, nos dice lo que quiere para nosotros en su Palabra escrita.

La iglesia no puede estipular qué constituye una obra buena. Los rabinos judíos trataban de hacer eso en el tiempo de Jesús. Habían desarrollado todo un sistema de normas y reglas (613 normas específicas), y esperaban que el pueblo las guardara como si fueran la misma voluntad de Dios (cf. Mt. 15:1-20). Jesús dijo que ellos “en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (Mt. 15:9). En el tiempo de Lutero, la Iglesia Católica Romana había establecido un sistema de leyes con las que obligaban la conciencia del pueblo. Leyes sobre: la confesión, las misas, las fiestas, y las vigiliadas. La confesión de Augsburgo dice, respecto de esas reglas:

Tales tradiciones también han oscurecido el mandamiento de Dios, porque ellas se han colocado muy por encima del mandamiento divino [...] otras buenas obras necesarias se consideraban como profanas y no espirituales, es decir, las obras que cada cual está obligado a desempeñar según su vocación: por ejemplo, que el padre de familia trabaje para sostener a su esposa e hijos y educarlos en el temor de Dios, que la madre tenga hijos y los cuide, que un príncipe y los magistrados gobiernen un país, etc. Tales obras ordenadas por Dios, según se alegaba, constituían una vida profana e imperfecta; pero las tradiciones tenían la reputación aparatosa de que solo ellas constituían obras santas y perfectas. (CA XXVI: 8-10).

El resultado de esas leyes eclesiásticas fue agobiar las conciencias, porque la gente nunca podría guardar todas esas leyes hechas por hombres. Dejaron, malamente, en un segundo plano los mandamientos de Dios y no los tuvieron en cuenta. Los esposos abandonaban la familia a su suerte, para irse a un monasterio y dedicarse a la vida aparentemente santa. Al hacer eso, dejaban de hacer lo que Dios les habían mandado, a saber, cuidar de su familia; seguían un rumbo prescrito por la iglesia, pero no por Dios. Esos actos promovían la autojusticia y oscurecían la justicia de Cristo, que viene por medio del evangelio.



Solo Dios puede decirnos qué constituye una buena obra, y lo hace en la Biblia. La voluntad de Dios se puede resumir, esencialmente, en una palabra: *amor*. Debemos amar a Dios sobre todas las cosas, y amar al prójimo como a nosotros mismos (cf. Mt. 22:37-39). Pablo escribe: “El cumplimiento de la ley es el amor” (Ro. 13:10). Dios debe decirnos cuál es su voluntad, porque el pecado ha oscurecido el conocimiento que tenemos de lo que él quiere que hagamos. La caída de Adán y Eva en pecado oscureció el perfecto conocimiento de Dios con el que fueron creados. Dios ha resumido su voluntad, para nosotros, en los mandamientos que se dan en la Biblia. Según nuestro nuevo hombre, no necesitamos explicación de las leyes de Dios en la forma de mandamientos; pero, como todavía tenemos el viejo Adán con el que tenemos que luchar, necesitamos que Dios nos instruya sobre su voluntad. Esa instrucción viene en la forma de los mandamientos específicos registrados en la Biblia.

Cuando hablamos de los mandamientos de Dios en la Biblia, es necesario notar que el cristiano no está hoy obligado por la forma específica de las leyes que Dios le dio a Israel (los Diez Mandamientos como fueron dados en Éxodo 20:3-17 y Deuteronomio 5:7-21). Los mandamientos, como les fueron dados a Israel, eran parte de la ley del pacto que Dios hizo con ellos. El propósito de ese pacto era conservar intacta a Israel como nación hasta el nacimiento de Cristo (Gl. 3:10-25). El pacto del Sinaí fue entre la nación de Israel y Dios, debía durar solo hasta que el Salvador realizara su obra redentora. El pacto que hizo Dios con Israel en el Sinaí no nos obliga hoy. En la era del Nuevo Testamento estamos obligados por la ley que Dios escribió en el corazón de Adán y Eva en la creación, y que ha sido repetida para nosotros en el Nuevo Testamento.

La forma en la que Dios le dio el Tercer Mandamiento a Israel fue: adoren en el día sábado. La esencia del Tercer Mandamiento para los cristianos del Nuevo Testamento es que no despreciemos la predicación de la palabra de Dios, sino que la consideremos santa y la oigamos con gozo. En el Cuarto Mandamiento, como fue dado en el Antiguo Pacto, Dios añadió la promesa de larga vida en la tierra de Israel si los israelitas observaban el mandamiento (Éx. 20:12). Para el cristiano del Nuevo Testamento, Dios añade la promesa: “para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra” (Ef. 6:3).

En la forma en que nos repitió su ley en el Nuevo Testamento, Dios nos dice lo que desea de nosotros; allí nos dice lo que le complace. El salmista escribe: “¿Cómo puede el joven llevar una vida íntegra? Viviendo conforme a tu palabra” (Sal. 119:9 NVI). Los frutos de la vida Cristiana que están en armonía con la voluntad de Dios, son buenas obras. Todo lo que no esté de acuerdo con la voluntad de Dios, es pecado.

Finalmente, *las buenas obras se hacen para Gloria de Dios*. Dios nos manda que le demos el honor debido; dice: “Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas” (Is. 42:8). Dios merece honor, porque es nuestro: Creador, Redentor, y Santificador. El pecado mueve a las personas a querer glorificarse a ellas mismas en vez de darle a Dios la gloria que se le debe dar. Jesús nos advierte que no hagamos obras para recibir alabanza de los hombres (Mt 6:1-4). Haremos buenas obras para que Dios sea alabado (Mt 5:16).

Martín Lutero observó:

Se nos dio el nombre de Dios, porque hemos llegado a ser cristianos y fuimos bautizados, de modo que somos llamados hijos de Dios y tenemos los sacramentos, por los cuales nos une consigo mismo como en un cuerpo, de manera que todo lo que es de Dios deba servir para nuestro uso. Ahí hay una gran necesidad por la cual hemos de preocuparnos más de que se honre su nombre y de que sea tenido por santo y venerable, como el más precioso tesoro y santuario que tenemos y que, como hijos piadosos, pidamos que su nombre, santo de por sí en el cielo, sea y quede santo también en la tierra entre nosotros y todo el mundo.

¿Cómo es santificado entre nosotros? Responde en la forma más clara en que es posible decirlo: Cuando nuestra doctrina y nuestra vida son divinas y cristianas. Como en esta oración llamamos a

Dios nuestro Padre, estamos obligados a comportarnos y conducirnos en todas partes como hijos piadosos, para que él por nuestra causa no tenga deshonor, sino honra y gloria. (CM Tercera Parte: 37-39)

### Las buenas obras glorifican a Dios y sirven al prójimo

Hacemos buenas obras, en primer lugar, para dar gracias a Dios por su misericordia para con nosotros. Decimos, con el salmista: “Alabaré a Jehová conforme a su justicia, Y cantaré al nombre de Jehová el Altísimo.” (Sal. 7:17). Al contemplar las misericordias de Dios para con nosotros, decimos con el escritor del himno:

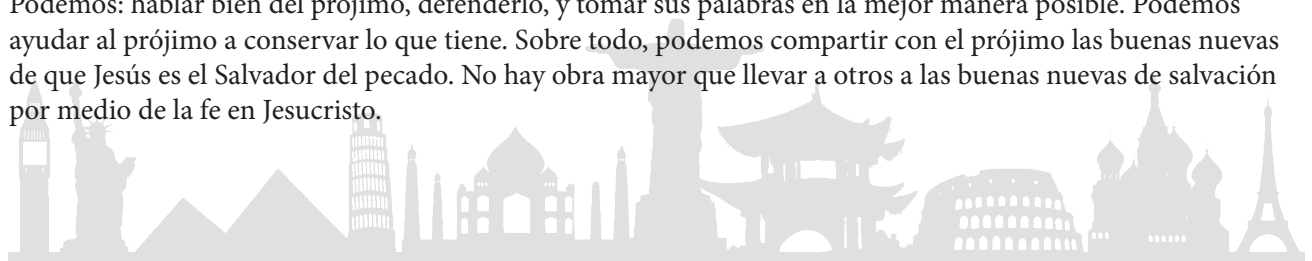
Alma, bendice al Señor y su amor infinito.  
 Con todo el pueblo de Dios su alabanza repito.  
 ¡Dios, mi salud,  
 De todo bien plenitud,  
 Seas por siempre bendito!  
 Amén (CC 195:5)

Mostramos nuestro amor a Dios de manera concreta, amando al prójimo. Como dice Jesús: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mt. 25:40). Si mostramos falta de amor al prójimo, mostramos falta de amor a Dios. Como escribe Juan: “Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? [...] Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Jn. 3:17; 4:20,21).

Cuando el Señor le preguntó a Caín “¿Dónde está Abel tu hermano?”, Caín respondió: “No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” (Gn. 4:9). Esa frase es parte del viejo Adán egoísta que tienen todas las personas de nacimiento. Solo el amor de Dios puede ablandar nuestro corazón egoísta para que podamos seguir la pauta de Pablo: “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.” (Flp. 2:3,4). En la parábola de buen samaritano, Jesús nos dice que el prójimo es cualquiera quien necesite nuestra ayuda (Lc. 10:25-37).

El amor de Dios por nosotros nos mueve, en amor a él, a poner nuestra vida al servicio del prójimo. En el reino de Dios, la grandeza se mide en términos del servicio a otros. Jesús les dijo a sus discípulos que discutían sobre quién era el mayor entre ellos: “Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mc. 10:43-45).

Pablo escribe: “Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gl. 6:10). Hay muchas maneras de mostrar el amor a Dios, mostrando amor al prójimo: podemos obedecer a nuestros padres y superiores y tenerlos en amor y estima; podemos ayudar al prójimo y ser su amigo en toda necesidad física. Podemos ayudar al prójimo a mejorar y proteger sus propiedades y negocios. Podemos hablar bien del prójimo, defenderlo, y tomar sus palabras en la mejor manera posible. Podemos ayudar al prójimo a conservar lo que tiene. Sobre todo, podemos compartir con el prójimo las buenas nuevas de que Jesús es el Salvador del pecado. No hay obra mayor que llevar a otros a las buenas nuevas de salvación por medio de la fe en Jesucristo.



### **Dios nos alienta a hacer buenas obras prometiéndole que bendecirá nuestro trabajo para él**

Para comenzar: Dios no nos debe nada por lo que hacemos. Aunque hiciéramos perfectamente la voluntad de Dios, no mereceríamos nada, solo podríamos decir que hicimos nuestro deber. Jesús dice: “Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos”. (Lc. 17:10). Nadie tiene derecho a creer que Dios le debe algo por lo que ha hecho: no podemos ni acercarnos a hacer todo lo que Dios nos exige, mucho menos a pensar que Dios nos debe algo por lo poco que hacemos en nuestra vida santificada.

Pero, aunque Dios no nos debe nada por nuestras obras, en su gracia promete bendecirlas; lo hace para animarnos a servirle con buenas obras. Pablo escribe: “No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gl. 6:9). Dios promete bendecir nuestras obras para él a su debido momento y a su manera. Las bendiciones que nos da, por gracia, pueden ser materiales o espirituales, y vendrán cuando él estime mejor y como el estime mejor.

Por ejemplo, Dios promete bendecir la ofrenda generosa. Pablo escribe: “Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (2 Co. 9:6). El Señor retó a la gente del tiempo de Malaquías, diciendo: “Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Mal. 3:10). No podemos pedir que Dios nos haga ricos como recompensa por nuestras ofrendas; a Dios no le complace la ambición como motivo para dar. El amor de Dios en Cristo es lo que nos faculta para dar generosamente.

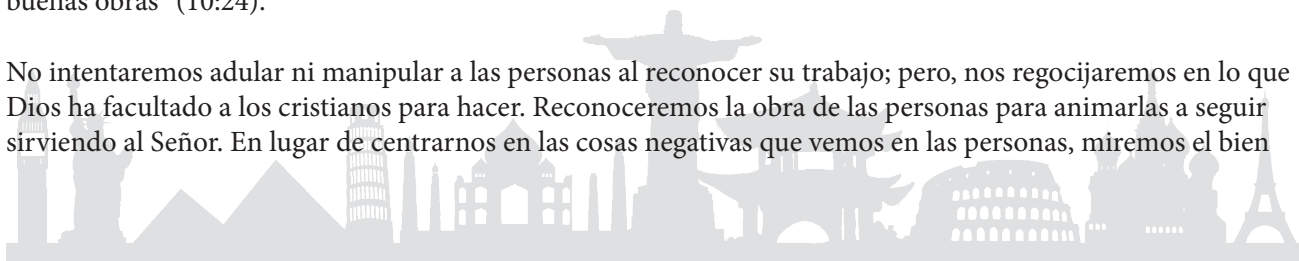
En relación con la bendición divina sobre nuestras obras, pareciera como si fuera a haber grados de gloria en el cielo basados en las obras del creyente en esta vida (2 Co. 9:6; Dn. 12:2,3). En primer lugar, el modo que Dios elija para bendecirnos es una bendición basada en la gracia, no en mérito. Segundo, en el cielo no habrá celos, solo amor perfecto. Tercero, no habrá grados de gozo en el cielo, tendremos el mismo gozo que los doce apóstoles y los profetas. Finalmente, nuestro servicio a Dios no es motivado por el deseo de una mayor gloria en el cielo; la motivación es siempre el amor de Dios en Cristo, no el deseo de algo para nosotros. Lo que hagamos para Dios es un claro privilegio, porque Dios nos da la capacidad para servirle en su reino.

Así, Dios nos anima a hacer buenas obras. Pablo nos anima porque nuestro trabajo en el Señor no es en vano (1 Co. 15:58). Serviremos gozosa y fervorosamente a Dios hasta el día en que disfrutemos en la gloria su amor en el cielo.

### **Dios nos exhorta a animarnos mutuamente a hacer buenas obras**

¿Debemos reconocer las buenas obras que hace la gente? Jesús respondió por nosotros. Él: reconoció las obras de las personas, alabó la obra de Juan el Bautista (Mt. 11:9,11), la ofrenda de María de Betania (Mc. 14:6, 8,9), la fe del centurión (Lc. 7:9) y de la mujer sirio-fenicia (Mt 15:28), y la ofrenda de la viuda (Lc. 21:1-4). Nosotros también nos animaremos mutuamente reconociendo el bien que hace la gente y alabando a Dios por eso. El escritor a los hebreos nos dice: “Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras” (10:24).

No intentaremos adular ni manipular a las personas al reconocer su trabajo; pero, nos regocijaremos en lo que Dios ha facultado a los cristianos para hacer. Reconoceremos la obra de las personas para animarlas a seguir sirviendo al Señor. En lugar de centrarnos en las cosas negativas que vemos en las personas, miremos el bien



que hacen. Animémonos mutuamente para hacer buenas obras y regocijarnos con Dios de que su nombre sea glorificado en la tierra.

### **Todas las buenas obras son aceptables para Dios por medio de la fe en Cristo**

¿Son algunas buenas obras de mayor nivel que otras? Lutero respondió de esta manera:

En esta fe, todas las obras vienen a ser iguales, y una obra es como la otra; todas las distinciones entre obras son impropias, sean: grandes o pequeñas, cortas o largas, muchas o pocas. Porque las obras son aceptables no por causa de ellas mismas sino de la fe, que: es siempre la misma, y vive y obra, en todas y cada de las obras sin distinción, sin que importe lo numerosas y variadas que puedan ser, así como todos los miembros del cuerpo: viven, obran, y toman su nombre de la cabeza, y sin la cabeza ningún miembro puede: vivir, obrar, o tener nombre.<sup>1</sup>

La reforma luterana dejó muy en claro la verdad de que todas las vocaciones honorables de la vida dan oportunidad para la vida santificada. El monje que vive en un monasterio no tiene mayor oportunidad para servir que un agricultor o un artesano (vea Ap XXVII: 37). Si una ocupación es inherentemente pecaminosa, no ofrecerá oportunidad de servir a Dios. No se puede ser: ladrón, prostituta, o traficante de drogas, para la gloria de Dios. Pero, todas las ocupaciones honorables ofrecen igual oportunidad de servir a Dios. La madre que cambia el pañal del bebé por amor a Dios, el agricultor que saca el abono a paladas por amor a Dios, ellos hacen un trabajo mucho más noble que cualquier monje que deja a su familia y entra en el monasterio. Todas las obras buenas son aceptables para Dios por medio de Jesús (1 P. 2:5).

### **Las buenas obras difieren de la justicia cívica**

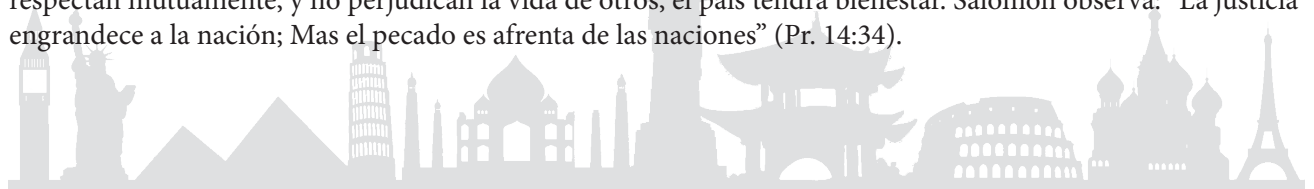
*Solo un cristiano puede hacer buenas obras*

Ya hemos notado que solo un cristiano puede hacer buenas obras (Heb. 11:6; 1 P. 2:25; Is. 4:6). Aparte de la justicia de Cristo, todo lo que podemos hacer es pecado. Nuestras obras no merecen el favor de Dios; al contrario, merecen su juicio. Hasta los actos humanitarios que realizan los incrédulos son pecados: pueden beneficiar al género humano, pueden proveer hospitales, viviendas y alimento para los pobres, pueden hacer del mundo un mejor lugar para vivir, pero esas obras siguen siendo pecado a los ojos del Dios santo, porque no alcanzan su norma de santidad. Están corruptas por la naturaleza humana pecaminosa de los que las hacen.

Por otra parte, Dios ha facultado a los cristianos para hacer buenas obras. Los ha llevado a la fe y los ha vestido con la justicia de Cristo. Las obras de los cristianos están aun contaminadas por el pecado, pero Dios las acepta porque están cubiertas por la justicia de Cristo.

*La rectitud cívica es necesaria para el bienestar de la sociedad*

El gobierno es necesario para el bienestar de la sociedad porque el pecado ha corrompido este mundo. Dios instituyó el gobierno para dar la estabilidad que faculte a la sociedad para funcionar (Ro. 13:1-7). El gobierno controla el desencadenamiento de la maldad en la sociedad, para asegurar el bienestar temporal de sus súbditos. Para llevar a cabo su función, el gobierno anima a los ciudadanos a vivir de modo que contribuya al bienestar general de la sociedad. Cuando los ciudadanos de un país: trabajan juntos, se ayudan unos a otros, se respetan mutuamente, y no perjudican la vida de otros, el país tendrá bienestar. Salomón observa: “La justicia engrandece a la nación; Mas el pecado es afrenta de las naciones” (Pr. 14:34).



Hay elementos básicos necesarios para asegurar el bienestar de los ciudadanos de un país. El conocimiento natural de Dios refrena el desencadenamiento del pecado. El respeto por la vida humana es necesario para proteger la vida de las personas; el mantenimiento de la unidad familiar contribuye a la estabilidad de la sociedad; la descomposición de la unidad de la familia desestabiliza la sociedad. El trabajo ético es necesario para una sociedad estable y productiva. El gobierno debe castigar a los criminales para refrenar el desencadenamiento del crimen.

La rectitud cívica es de gran valor para la sociedad. El gobierno honesto y justo, ciudadanos respetuosos de la ley, unidad familiar estable, y respeto por la vida humana y por la propiedad de los demás, hacen mejor la sociedad. Esas virtudes cívicas permiten que los cristianos prediquen el evangelio, libres de violencia nacional.

En suma, la rectitud cívica es valiosa para la sociedad. Dios promete bendecirla con bendiciones temporales como: paz, seguridad, y prosperidad temporal. Los cristianos animarán y promoverán la rectitud cívica para el bien del país en el que viven; al mismo tiempo, reconocerán que la rectitud cívica no asegura la salvación; es valiosa en la relación personal con otros, pero no tiene ningún valor en la relación de la persona con Dios.

Así, mientras los cristianos estimulan la rectitud cívica, también proclaman claramente que las buenas obras no nos salvan porque Jesucristo es el único camino al cielo. Como dicen nuestras confesiones luteranas:

Pues las obras que se hacen para preservar la disciplina externa (obras de las cuales son capaces también: los incrédulos, y los no convertidos, y de quienes son exigidas) aunque loables delante del mundo y recompensadas por Dios en esta vida con beneficios temporales, sin embargo, ya que no proceden de la verdadera fe, son pecados delante de Dios, esto es, tienen la mancha del pecado, y son consideradas por Dios como pecados e impuras, por causa de la corrupción de la naturaleza humana y porque el que las hace no se ha reconciliado aún con Dios. (FC DS IV: 8)

~~~~~

## Notas finales

<sup>1</sup>Luther's Works, Vol. 44, pág.26.



Excerpt taken from DE TAL MANERA AMÓ DIOS AL MUNDO (*God so Loved the World*)

Copyright © 2021 | MLP Cat No: 385085

academiacrismo.com